

DON Carlos Rojas contesta a mi artículo de TRIUNFO sobre su novela «Azaña» en el periódico «Pueblo» el 13 de este mes, por lo que me veo en la obligación de volver a escribir, y no lo hago con ánimo polémico, sino para seguir contribuyendo a la mejor información de nuestro público.

En primer lugar he de expresar mi extrañeza al ver que don Carlos Rojas, en vez de replicarme directamente en la revista TRIUNFO, donde publiqué mi artículo, como parece lógico, lo haga utilizando la vía indirecta del diario «Pueblo» y el medio anómalo de una carta dirigida a tercera persona ajena al asunto, como supongo es el señor Fernández-Braso.

En segundo lugar observo que en la réplica de don Carlos Rojas no se refutan seriamente ninguna de las afirmaciones contenidas en mi artículo de TRIUNFO. En cambio, se acude a la manida vía de atacar, aunque en forma no muy brillante, mis supuestos conocimientos sobre la obra de Azaña y su bibliografía. Ni yo presumo de tales conocimientos, ni este es el lugar para discutirlos, ni el señor Rojas es interlocutor válido para ello. El pensamiento político de Azaña ha sido objeto de mi tesis doctoral, a la que se concedió una calificación (la máxima posible) que quizá excede de sus méritos, y es en este terreno académico en donde yo puedo y debo aceptar el diálogo, en el que, sin duda, acaso podrían señalármese defectos mucho más serios que el de haber olvidado el artículo inglés «the» al citar el título de una obra. Dejo de lado, por tanto, la defensa de mis saberes, que es cuestión que no puede importar gran cosa a mis lectores, para centrarme en la obra del señor Rojas y en el pequeño trabajo que tuve el atrevimiento de publicar sobre ella.

Comenzaré, en fin, por replicar a sus cargos. Don Carlos Rojas dice que le he acusado de «plagio». En honor a la verdad, yo no he utilizado esa palabra en mi artículo. Únicamente me limité a exponer, comedidamente por cierto, y citando página a página, el hecho de que en la novela «Azaña», de la que se firma autor, ganadora del reciente premio Planeta, aparecen transcritos, en forma literal en unos casos y con pequeñas alteraciones en otros, párrafos y párrafos de la obra de don Manuel Azaña, que ocupan aproximadamente la mitad de dicha novela. Esta afirmación, que probaba con toda profusión de datos, no la rechaza don Carlos Rojas en manera alguna, puesto que sólo se limita a decir que es un «absurdo». Y yo le digo que de absurdo nada, porque tengo perfectamente comprobadas mis afirmaciones, ya que

cotejé toda la novela con las obras completas de don Manuel Azaña. En TRIUNFO hablaba de transcripciones en 127 páginas de la novela (dando amplio detalle de las mismas), pues bien, ahora la réplica de don Carlos Rojas me da ocasión para rectificar lo que antes dije, ampliándolo: no son 127 páginas las que contienen transcripciones de escritos de Azaña, sino 145 (ciento cuarenta y cinco). Esta diferencia de 18 páginas más la he hallado después de enviar mi artículo a TRIUNFO, al volver a leer la novela. También hay, aparte de la recogida de frases de producciones anteriores del propio Rojas como él confiesa, ciertas similitudes entre lo escrito en las páginas 316 a 330 del libro de Cipriano Rivas-Xerif «Retrato de un desconocido (vida de Manuel Azaña)» (Edit. Oasis. Méxi-

cos, 1961) y algunos párrafos de las páginas 182 a 197 de la novela de Rojas. Aquí no insinuo la copia, ¡cuidado!, sino la inspiración, en este caso no confesada.

El señor Rojas, que no niega en su respuesta esta abundante utilización de la obra escrita de don Manuel Azaña, la defiende con dos argumentos básicos (dejando de lado, claro está, el de que él sí comprende a Borges y yo no).

Primero nos dice que él sí entrecomilla los textos ajenos cuando escribe historia, distanciándose de los personajes, pero no cuando escribe novela, fundiéndose con ellos. La cuestión está precisamente en la dudosa licitud ética y estética de hacer una novela estructurada en lo esencial como monólogo de un protagonista que fue figura histórica y hombre de letras y que, efectivamente, produjo (y dejó escrito) ese monólogo. A cualquiera le resultaría sorprendente que se le concediese un premio literario en Francia a una novela sobre Juan Jacobo Rousseau que se redujese en lo esencial a un monólogo del protagonista construido con fragmentos de las «Confesiones». Claro que las «Confesiones» fueron publicadas hace muchos años y

todos los franceses tienen acceso a ellas, en tanto que las Memorias de don Manuel Azaña, su correspondencia y, en general, las obras más utilizadas por el señor Rojas, no han podido ser conocidas tan fácilmente hasta el presente por el público al que su novela se dirige. La diferencia es de alguna monta, y no puede ser desdeñada a la hora de enjuiciar, ética y estéticamente, la novela premiada.

Después nos explica que su intento es comparable al del «collage» en la pintura. A esto pongo ciertos reparos. Ante todo, una cuestión previa: si bien es verdad, y tanto, su apropiación de palabras de Azaña, no acabo de comprender que lo justifique diciendo que Azaña también se apropia de palabras suyas. En sentido real, por descontado que don Manuel Azaña no pudo en

compuesto por trozos de Borges, de Cortázar, de Max Aub y Carpentier, entramados y unidos por algunos párrafos del autor del «collage» no es comparable a un «collage» pictórico de objetos diversos o a una composición, digamos, del Equipo Crónica, sino a un «collage» resultante de romper lienzos originales de Velázquez, Rembrandt, Rubens y Botticelli, por ejemplo, y con estos trozos (unidos por pinceladas del «compositor») fabricar un cuadro nuevo. Eso sería un acto in calificable contra la obra de tan egregios pintores y un fraude al público observador de tal «collage». Si además uno de los «originales» no ha podido ser conocido del público, que corre el riesgo de atribuir los fragmentos al autor de la composición, y si, lo que es peor, el «collage» está compuesto únicamente por fragmentos de este autor desconocido, la cosa se agrava aún más.

No me causa ningún disgusto (no sé por qué tendría que causármelo) que algunos familiares de Azaña (que no son sus herederos, pues aún vive su viuda, doña Dolores de Rivas-Xerif) se congratulen con la publicación de la novela de Rojas. Es posible (aunque me trae sin cuidado) que esos familiares u otros más cercanos aún cambien de opinión cuando sepan que los «diversos párrafos» incrustados por el señor Rojas en su novela ocupan aproximadamente la mitad de la misma. De todos modos, me da igual. Yo no pretendí defender a la familia de Azaña, sino al mismo Azaña y a los lectores. En mi artículo decía que no entraba en el problema de los derechos de autor, al parecer transgredidos. ¿Acaso es falsa mi afirmación de una posible transgresión cuando don Carlos Rojas firma como suya, e integra, de su puño y letra, la novela que nos ocupa, en la cual el contenido pertenece, en gran parte y sin decirse expresamente caso por caso, a Manuel Azaña?

Acabo, puesto que mi contestación lo único que pretende es poner las cosas en su sitio. No tengo animadversión al señor Rojas, al contrario, como ya dije también en mi artículo, le agradezco su puesta en circulación de escritos de Azaña. Tan sólo, que me hubiera parecido más correcta su obra enfocada como antología, «entrecomillando» los textos utilizados, y no estructurada como novela, por dos razones: una, por respeto a la producción intelectual de Azaña, y otra, por respeto a los lectores, que tienen derecho, en todos los casos, a saber la procedencia, párrafo a párrafo, de lo que leen. ■ MANUEL ARAGON.

DE NUEVO SOBRE LA NOVELA 'AZAÑA'

vida tomárselas prestadas al señor Rojas. En sentido figurado, los personajes de toda creación literaria deben sus palabras al autor. Por ello no entiendo el razonamiento empleado por mi oponente en su respuesta. Lo que me inquieta no es lo último, sino lo primero: el apropiarse Rojas de palabras de Azaña y en tal cuantía. Que ha intentado hacer un «collage», dice; pues bien, distingamos. La técnica del «collage» en la pintura (que es donde suele emplearse esta palabra) no es adaptable a la literatura. Y esto por una sencilla razón. Respecto a los cuadros es perfectamente lícita la copia. De hecho, los copistas son gente que ejerce una actividad por completo respetable. En la literatura es otra cosa. Mientras que el original, el único original de la pintura en cuestión, sigue siendo el lienzo primitivo, en la producción literaria el original no es el libro que primero se imprimió, sino las palabras organizadas en el discurso del escritor en forma singular. Y cada vez que se imprimen esos párrafos, cientos, miles de veces, en cualquier papel, en cualquier circunstancia, continúan siendo «el original». Por eso en literatura no es profesión lícita la de copista. Un «collage» literario